

Tuberculosis

Conclusión de la conferencia del doctor Queraltó (1) ante el Congreso Internacional de la Tuberculosis.—(San Sebastián, septiembre de 1912).

Sobre toda vida, la tuberculosis extiende sin tregua su dominio; si los factores sociales la determinan, la misma trabazón social lleva hasta el rico la semilla germinada en la pobreza. La tuberculosis, dice Strauss, da la medida de la civilización; triste la nuestra, que al cabo de tantos siglos de lucha se declara esclavizada por un bacilo. La tuberculosis es la enfermedad universal, afirma Baginsky; avanza lenta, pero seguramente. Es el enemigo hereditario de la humanidad, exclama Anzichul... No; fijemos bien los términos del problema: el bacilo es inocente; es el hombre quien, desde lejanos tiempos, se ha empeñado en ser amigo del bacilo; es él quien, en su perdurable desvarío, no ha cesado de esforzarse en serle grato.

El problema de la tuberculosis es, simplemente, el problema humano. Tísicos hubo en Egipto, tísicos en Grecia; pero eran contados y estaban como perdidos entre la sanidad de la masa. La tuberculosis existía; pero junto a ella y dominándola con incontrastable e imponderable imperio, había la espléndida robustez, la espléndida belleza. Florecía la vida en Grecia; vibraba en los esculturales cuerpos con vigor de expansión irresistible; y en esta oleada de fuerza que al hombre con la potente naturaleza confundía, el hombre, sano, vigoroso, hermoso, se sentía amigo de los dioses, dios él mismo. Mas la organización social era deficiente; vegetaban los esclavos bajo

ios hombres libres; no se satisfacían las almas con las iniquidades establecidas, y los sufrimientos consecutivos iban como infiltrándose en la tierra y acumulándose bajo el suelo de sus templos y de sus ciudades, y su tensión llegó a ser tan poderosa, por acrecentarse de continuo, que al fin abrieron la tierra y derrocaron los templos y asolaron aquel mundo. Triunfó la piedad; volvióse el hombre despreciable gusano ante el infinito; las amarguras de la tierra le abrieron las puertas del empíreo; y pues aquellas eran la prenda del excelso cielo, se propuso intensificarlas y acrecerlas para ser más digno de gozarlo. Hubo transmutación de valores; el cuerpo fué vil andrajo; el hambre y la miseria, la enfermedad y la muerte, dones divinos: y el hambre y la enfermedad y la miseria devastaron a los pueblos. La opresión social, lejos de menguar, fue más tiránica; por entre la turbación de las conciencias, enhestóse el egoísmo, y pactando con el cielo, se enseñoreó de la tierra. La historia de los pueblos modernos es epidemia de locura sanguinaria; no ha cesado la sangre de empapar el suelo; por toda Europa; por todo el mundo, la reja del arado pone sin cesar al descubierto los sedimentos de los cráneos apilados por los estragos de la guerra. Los más fuertes, los más valientes murieron; los débiles y los enfermos se perpetuaron; y sobre ese desecho humano, los horrores de la paz han completado los de la guerra. Ya no hay parias, sólo ciudadanos, ciudadanos libres que padecen hambre y cuya estrujadura es precisa para la orgía económica moderna. La humanidad, extenuada, gime en plena marchitez y pudrimiento. Perdiéronse los héroes y los semidioses;

(1) El Dr. Queraltó, víctima hoy de la persecución oficial española, es objeto de las simpatías del mundo civilizado. ¡La madre España no tolera rudas hidalguías! Cierta médico llamado al lecho de un tuberculoso descubre en un brazo del paciente la inscripción "¡Viva la anarquía!" Horrorizado, saca el escalpelo y rebana el pedazo de carne en que está el grito subversivo. El Dr. Queraltó protesta contra el acto de barbarie. De ahí nace un proceso que termina en destierro.... ¡en destierro del Dr. Queraltó! ¡Vivan los toros!—E. J. R.